

## APRENDIZAJE DEL MUNDO Y SOCIABILIDAD CORTESANA EN LAS *CARTAS* DE LORD CHESTERFIELD A SU HIJO

Javier Laspalas Pérez  
(Universidad de Navarra)  
[jlaspalas@unav.es](mailto:jlaspalas@unav.es)

### RESUMEN

Las cartas que escribió Lord Chesterfield para su hijo natural, Philip Standhope, con la intención de ayudarlo a convertirse en un destacado político, son justamente famosas, pero su contenido no se ha estudiado aún con suficiente atención y profundidad. Además, los historiadores apenas se han interesado por ellas, a pesar de que revelan aspectos muy relevantes de la formación y la mentalidad aristocrática. En este artículo reconstruimos la imagen de la vida cortesana que se dibuja en ellas, similar a la que habían trazado antes Gracián, La Rochefoucauld y La Bruyère. Sin embargo, el discurso es más explícito y las cuestiones se plantean con un sincero y crudo realismo.

PALABRAS CLAVE: Lord Chesterfield; nobleza; cortes; política; buenas maneras.

## LEARNING OF THE WORLD AND COURTLY SOCIABILITY IN LORD CHESTERFIELD'S LETTERS TO HIS SON

### ABSTRACT

The letters written by Lord Chesterfield to his natural son, Philip Standhope, with the purpose of helping him to become a prominent politician, are justly famous, but their content has not yet been studied with adequate attention and depth. Furthermore, they reveal striking and important aspects of the aristocratic education and mentality, but historians have not considered them from this perspective. This article focuses on the image of courtly life painted in such letters, similar to the one previously drawn by Gracián, La Rochefoucauld and La Bruyère. However, the discourse is more explicit and the questions are posed with openness and crude realism.

KEY WORDS: Lord Chesterfield; nobility; courts; politics; good manners.

\*\*\*

El epistolario mediante el que Lord Chesterfield intentó guiar desde la distancia la formación de su hijo ilegítimo es célebre, sobre todo en el mundo anglosajón. Sin embargo, creemos que cabe profundizar en su contenido e intentar mostrar que

contiene una peculiar y coherente teoría sobre cómo funcionaban las relaciones humanas en el ámbito político a finales del siglo XVIII. También dejaremos constancia en las notas al pie de que muchos de sus puntos de vista coinciden con importantes escritores del siglo XVII. Tal cuestión no se examina a fondo en la bibliografía reciente<sup>1</sup>, aunque la consideró Heltzel<sup>2</sup>, quien mostró la conexión de nuestro epistolario con la tradición literaria precedente. Sin embargo, creemos que nuestra perspectiva es diversa y complementaria.

A la hora de instruir a su hijo en las habilidades necesarias para triunfar en la Corte, Lord Chesterfield transita por dos caminos muy diversos, y se diría que, al menos en apariencia, contradictorios.

Por una parte, recomienda una y otra vez procurar agradar a todos, manteniendo siempre una actitud decorosa y amable. Es la faceta que podríamos denominar positiva o constructiva del conocimiento del mundo, necesaria para volver tolerables y fluidas las relaciones personales, pero también para conquistar el apoyo de unos sin encender la ira de otros. Es lo que durante el Renacimiento habían propuesto los más destacados teóricos (Castiglione, Erasmo de Rotterdam, della Casa, Guazzo), cuyos tratados alcanzaron una enorme difusión, y fueron decisivos para constituir un código de conducta relativamente homogéneo en las diversas naciones europeas<sup>3</sup>. Al igual que España<sup>4</sup> y otros muchos países, Gran Bretaña no fue ajena a esta profunda transformación<sup>5</sup> y eso explica que nuestro Conde se haga eco de los principios y las ideas propios de dicha tradición literaria y social, inspirados en el clasicismo greco-latino, y en particular en Cicerón<sup>6</sup>.

Existe, sin embargo, una cortesía de carácter negativo y defensivo, cuyas principales armas son la cautela, el silencio, la ocultación y un implacable control de las emociones y las apariencias. Seguramente, este modo de proceder es tan antiguo

---

<sup>1</sup> George Lamoine, “Lord Chesterfield’s letters as conduct-book,” en *The Crisis of Courtesy. Studies in the Conduct-Book in Britain, 1600-1900*, ed. Jacques Carré (Leiden: Brill, 1994). Jenny Davidson, *Hypocrisy and the Politics of Politeness. Manners and Morals from Locke to Austen* (New York: Cambridge University Press, 2004) 46-75. Amedeo Quondam, *Tre inglesi, l’Italia, il Rinascimento. Sondaggi sulla tradizione di un rapporto culturale e affettivo* (Napoli: Liguori, 2006) 39-180.

<sup>2</sup> Virgil Barney Heltzel, *Chesterfield and the Tradition of the Ideal Gentleman* (Ann Arbor: UMI Dissertation Services, 1925).

<sup>3</sup> De entre la ingente bibliografía destacamos: Peter Burke, *Los avatares de “El cortesano”* (Barcelona: Gedisa, 1998). Inge Botteri, *Galateo e galatei. La creanza e l’istituzione della società nella trattatistica italiana tra antico regime e Stato liberale* (Roma: Bulzoni, 1999). Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1988). Robert Muchembled, *L’invention de l’homme moderne. Sensibilités, mœurs et comportements collectifs sous l’Ancien Régime* (Paris: Fayard, 1988).

<sup>4</sup> Fernando Ampudia de Haro, *Las bridas de la conducta. Una aproximación al proceso civilizatorio español* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2007). Mercedes Blanco, “Le discours sur le savoir-vivre dans l’Espagne du Siècle d’Or”, en *Pour une histoire du savoir-vivre en Europe*, ed. Alain Montandon (Clermont Ferrand: Association des Publications de la Faculté de Lettres et Sciences Humaines, 1994) 111-149.

<sup>5</sup> John Leon Lievsay, *Stefano Guazzo and the English Renaissance, 1575-1675* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1961). Anna Bryson, *From courtesy to civility. Changing codes of conduct in early modern England* (Oxford: Clarendon Press, 1998).

<sup>6</sup> Javier Laspalas, “Distinción social, cortesía y educación en la obra de Lord Chesterfield”, en *Distinción social y moda*, ed., Ana Marta González y Alejandro Néstor García (Pamplona: EUNSA, 2007) 65-92.

como las intrigas políticas, pero acaso nunca estuvo tan difundido, ni se inculcó con tanta minuciosidad, como en las cortes del Antiguo régimen<sup>7</sup>. Hay que buscar más bien su origen en la cultura barroca, que dio una orientación pragmática y realista a las buenas maneras, que se habían convertido en un signo de distinción. En este terreno, el papel de Francia, que ejercía el liderazgo político y cultural, resultó decisivo. Fue allí donde se definió sobre todo un nuevo tipo humano –el *bonnête homme*– cuyo refinamiento servía básicamente para medrar en la Corte<sup>8</sup>. Es posible rastrear su presencia en otros países, incluido el nuestro<sup>9</sup>, donde Baltasar Gracián, cuya influencia fue muy notable<sup>10</sup>, lo había identificado con claridad previamente.

Nuestro autor, que en modo alguno era partidario del absolutismo, conocía y amaba la cultura y la educación que tanto había contribuido este a poner en pie y difundir. Fue un inglés harto peculiar capaz de admitir que sus compatriotas carecían del proverbial ingenio y distinción que reinaba en París. Es ese el universo social y cultural en el que pretende introducir a su hijo<sup>11</sup>: aquel que predominaba fuera de su país, que iba a conocer durante su *grand tour*, y en el cual posteriormente sería embajador. Por eso, aunque en determinados momentos defiende tesis ilustradas<sup>12</sup>, su concepción antropológica no es precisamente optimista, ni busca como otros muchos ordenar de modo más racional y simple las normas de cortesía<sup>13</sup>. En realidad, su visión del hombre y de la sociedad coincide en lo esencial con la de los moralistas franceses del siglo XVII, esos desengañados y cautos observadores del mundo, que tienden destacar su complejidad y sus contradicciones<sup>14</sup>, y recuerda también en ciertos aspectos a la de Hume<sup>15</sup>.

<sup>7</sup> Norbert Elias, *La sociedad cortesana* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993) 129-158.

<sup>8</sup> Maurice Magendie, *La politesse mondaine et les théories de l'honnêteté en France au XVIIe siècle, de 1600 à 1660* (Genève: Slatkine, 1993). Emmanuel Bury, *Littérature et politesse. L'invention de l'honnête homme, 1580-1750* (Paris: Presses Universitaires de France, 1996). Christophe Losfeld, *Politesse, morale et construction sociale. Pour une histoire des traités de comportements, 1670-1788* (Paris: H. Champion, 2011).

<sup>9</sup> Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, “Corte y cortesanos en la Monarquía de España”, en *Educare il corpo, educare la parola nella trattatistica del Rinascimento*, ed. Giorgio Patrizi y Amedeo Quondam (Roma: Bulzoni, 1998) 297-365. Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, “La discreción del cortesano”, *Edad de oro*, 18 (1999) 9-45.

<sup>10</sup> Marc Fumaroli, *La extraordinaria difusión del arte de la prudencia en Europa. El “Oráculo manual” de Baltasar Gracián entre los siglos XVII y XX* (Barcelona: Acantilado, 2019).

<sup>11</sup> Marc Fumaroli, “Prólogo. El hombre del guante”, en Lord Chesterfield, *Cartas a su hijo* (Barcelona: Acantilado, 2006) 9-10, 14, 19-21.

<sup>12</sup> Javier Laspalas, *Distinción social*, 54-56. Por ejemplo, le envía a su hijo un ejemplar del *Tratado sobre educación* de Locke, o le sugiere que lea algunos pasajes de Shaftesbury.

<sup>13</sup> Jean Starobinski, *Le remède dans le mal. Critique et légitimation de l'artifice à l'âge des Lumières* (Paris: Gallimard, 1989). Lawrence E. Klein, *Shaftesbury and the culture of politeness. Moral discourse and cultural politics in early eighteenth-century England* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994). Mónica Bolufer Peruga, *Arte y artificio de la vida en común. Los modelos de comportamiento y sus tensiones en el Siglo de las Luces* (Madrid: Marcial Pons, 2019).

<sup>14</sup> Louis van Delft, *Le moraliste classique. Essai de définition et de typologie* (Genève: Droz, 1982). Louis van Delft, *Littérature et anthropologie. Nature humaine et caractère à l'âge classique* (Paris: Presses Universitaires de France, 1993).

<sup>15</sup> Davidson, *Hypocrisy*, 47-50, 62-65.

## 1. EL CONOCIMIENTO DEL MUNDO COMO META DE LA EDUCACIÓN

Aunque la historia es bien conocida<sup>16</sup>, creemos oportuno recordarla aquí. A mediados del siglo XVIII, Lord Chesterfield, destacado aristócrata inglés, miembro del partido *whig*, dado que no tenía otro descendiente directo, quiso educar a su hijo natural con el mayor esmero, ya que no podía legarle otro patrimonio que ese. Por tal motivo, durante varias décadas le fue enviando cartas con el fin de iniciarlo en los arcanos de la vida cortesana. Tal intento fracasó casi por completo, puesto que su heredero espiritual tenía un carácter un tanto retraído y apenas hizo carrera política. Además falleció siendo bastante joven, y escogió una esposa que su padre consideraba indigna de él. Fue ella la que, tras la muerte de su marido, para obtener dinero, dio a la imprenta el epistolario que aquí analizamos, el cual cosechó un gran éxito, incluso en los Estados Unidos<sup>17</sup>, a pesar del notable escándalo que algunas de sus páginas causaron en la buena sociedad británica.

Nuestro autor diseñó para su vástago un programa educativo que no respondía del todo ni a los usos tradicionales ni a la coyuntura del momento. Tras la crianza, vino la instrucción doméstica, a cargo de un preceptor formado en Westminster School y Christ Church College.

La siguiente etapa formativa comenzó con una estancia más bien breve, desde los diez a los catorce años, no en Eton, sino en Westminster, otra selecta institución por la que solía pasar la alta nobleza británica. No da la sensación de que nuestro Conde esperase grandes cosas de ella —de hecho, contrató dos preceptores para apoyar a su hijo—, aunque valoraba que tendría buenos profesores de francés, geografía y danza. Eso sí, quería que fuese un alumno muy destacado, superarse los exámenes con brillantez, obtuviese premios y pasase de una clase a otra en el menor tiempo posible.

Llegado el momento, Lord Chesterfield toma una decisión sorprendente: su hijo no se matriculará en la Universidad. Lo hace sin duda influido propia su propia experiencia, pues creía que durante su paso por el Trinity Hall de Cambridge se había convertido en un pedante, versado en la cultura clásica, pero incapaz de hacer carrera política (Cartas 151, 165, 213, 235 y 261)<sup>18</sup>. Por ello, puesto que deseaba preparar a

---

<sup>16</sup> Stella Margaret Brewer, *Design for a Gentleman. The Education of Philip Stanhope* (London: Chapman and Hall, 1963).

<sup>17</sup> C. Dallett Hemphill, *Bowing Necessities. A History of Manners in America, 1620-1860* (Oxford: Oxford University Press, 1999) 71-86, 129-132 y 144-145. Christopher J. Lukasik, *Discerning Characters. The Culture of Appearance in Early America* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2011) 54-72.

<sup>18</sup> Para simplificar las referencias y facilitar la lectura, a lo largo el texto, usamos la numeración de la edición preparada por Charles Strachey: Earle of Chesterfield, *The Letters of the Earle of Chesterfield to His Son* (New York: Puntnam's Sons – London: Methuen, 1901), <https://archive.org/details/lettersearches01stangoog> y <https://archive.org/details/lettersearches00stangoog> (consultado el 23 de noviembre de 2021). Sin embargo, indicamos casi siempre la página de la traducción que manejamos, realizada a mediados del siglo XIX por el diplomático mexicano Luis Manero: Conde de Chesterfield, *Cartas Completas de Lord Chesterfield a su hijo Felipe Stanhope* (Le Havre: Alfonso Lemale, 1852), que sin duda tuvo una notable difusión en el mundo hispánico. En algunas ocasiones, puesto que unas pocas misivas no fueron incluidas en ella, remitimos al volumen y la página de la edición citada en primer lugar. Las limitaciones

Philip para ejercer primero como Embajador y luego como Secretario de Estado (Carta 139)<sup>19</sup>, prefiere embarcarlo en un *grand tour*, bastante más prolongado y variado de lo habitual entre la aristocracia británica. Al joven, que no ha cumplido aún los catorce años, lo acompaña un nuevo tutor –Walter Harte, antiguo subdirector de un *college* oxoniense– y durante su viaje conocerá muchas ciudades, por lo general sedes de importantes cortes (Leipzig, Dresden, Hanover, Berlín, Venecia, Turín, Roma, Nápoles, París).

Hacia los diez y ocho años, se enfrenta a un paso hartamente delicado: su presentación en el *grand monde*. Esta tiene lugar en París, bajo el amparo y la atenta mirada de Lord Albemarle. Luego, tras visitar a su padre, que juzga si está preparado para ello, retorna a dicha ciudad y comparece en otros escenarios de la vida política (Mannheim, Bonn, Hanover, Berlín, Bruselas). Por último, recalando varias veces en la capital francesa, completa su periplo por otros centros de poder (Venecia, La Haya, Bonn, Mannheim, Munich). Esta fase de su vida termina en 1754, cuando su padre obtiene para él un puesto en el Parlamento y años más tarde consigue que sea destinado a Hamburgo, para comenzar su carrera al servicio de la monarquía británica.

Aunque son más de cuatrocientas las cartas que integran nuestro epistolario, nada tiene de extraño que las más interesantes coincidan con el *tirocinium fori*, la introducción en la vida pública<sup>20</sup>. Son las más extensas y es sobre todo en ellas donde nuestro Conde procura reflejar y concretar en consejos su experiencia como político, con toda su carga de ambigüedad.

## 2. «EL GRAN TEATRO DEL MUNDO»: ORIGEN Y CARÁCTER DE LA SOCIABILIDAD MUNDANA

Lord Chesterfield no se hacía ilusiones sobre el ser humano. «Mucho tiempo ha –declara sin ambages– que los hombres dejaron el estado de la naturaleza; las edades de oro y de simplicidad nativa, no volverán jamás<sup>21</sup>» (Carta 301: 275). Y también afirma que la falsedad y la disimulación «habitan las cabañas así como los palacios, con solo la diferencia que en las primeras se hallan acompañadas de malas maneras», ya que «pastores y ministros son igualmente hombres, con naturaleza y pasiones idénticas, y que sólo difieren en el modo de obrar» (Carta 150: 87). En suma, la doblez es inherente al ser humano, por lo que hay que huir de la ingenuidad y actuar con suma cautela.

Resulta, además, verosímil que el mal diagnosticado sea de muy difícil curación, y eso pone en cuestión la aspiración de fundar la convivencia en algo más que una amistad ficticia. Por eso, cuando solo tiene quince años, nuestro Conde previene a su hijo contra quienes dicen apreciarlo. A tales personas, le recomienda, debe tratarlas

---

de espacio nos impiden consignar la versión original de las citas literales. El lector interesado puede hallarla en las páginas web incluidas en esta nota al pie.

<sup>19</sup> Una meta que desde luego es coherente con la peripecia vital de Philip y con el contenido de la Carta 257.

<sup>20</sup> Narrado desde la Carta 110, 5 de abril de 1746, hasta la Carta 313, 27 de noviembre de 1754.

<sup>21</sup> «Floreció en el siglo de oro la llaneza, en este de hierro la malicia». Baltasar Gracián, *Oráculo manual y arte de la prudencia* (Madrid: Cátedra, 1995) § 219.

con mucha urbanidad, pero desconfiar de sus cumplidos y sus intenciones (Carta 128: 67).

Sin embargo, aun siendo muy conscientes de tan triste realidad, todos deben respetar las formas<sup>22</sup>. De lo contrario, camparía a sus anchas el egoísmo, que corrompería por completo la sociedad. «Las cortes son sin disputa la residencia de la urbanidad y de las buenas maneras: si así no fuese, sería el teatro de la matanza y de la desolación» (Carta 191: 139). Lo mismo se reitera en una misiva posterior:

Las gentes se abrazan en la corte sin conocimiento, se sirven sin amistad y se injurian sin odio. El interés y no el sentimiento es el fruto de aquel terreno. [...] Las ceremonias son necesarias en la corte, porque, a manera de obras avanzadas, defienden las costumbres (Carta 297: 200).

Lo anterior explica por qué se ha llegado a un consenso generalizado, que no se funda en la virtud, antes bien persigue tan solo minimizar los daños:

la ambición y la avaricia, estas dos pasiones predominantes de las cortes, han encontrado el disimulo menos peligroso que la violencia; y el disimulo ha introducido aquellos modales delicados que distinguen al cortesano del habitante de provincia. En el primer caso prevalecería el cuerpo más robusto; en el segundo triunfa el espíritu más fuerte (Carta 191: 139)<sup>23</sup>.

Así pues, es por pura necesidad y estrategia, no por benevolencia, por lo que las rivalidades cortesanas «se morigeran hasta cierto punto y permanecen dentro de los límites decentes trazados por la cortesía y los modales» (Carta 249: 215). Aun así, desde el punto de vista estrictamente ético, resulta preferible el imperio del disimulo a la burda exhibición de las debilidades humanas, con toda «su nativa deformidad», propia de la gente baja (Carta 257: 223).

Por tal motivo, Lord Chesterfield afirma que las pasiones se extinguen en la corte con facilidad, una vez ventiladas las disputas que las suscitaron. El egoísmo sigue siendo el único móvil, pero un frío cálculo rige la conducta, de modo que ni se estrechan las amistades, ni se enconan los odios. De hecho, cree que «la sociedad no es más que una negociación permanente, y si la consideras bajo este aspecto, encontrarás en ella el secreto de cualquiera otra transacción» (Carta 289: 257). Por eso, propone a su hijo evitar cualquier tipo de roce o conflicto con el que buscarse enemigos, en particular si antes eran aliados y confidentes (Carta 290: 259)<sup>24</sup>.

Hay, pues, que defender la propia causa, pero en buena lid, con destreza no exenta de limpieza y elegancia, como se explica con todo lujo de detalles en otra carta, antes

---

<sup>22</sup> Semejante es el dictamen de François de La Rochefoucauld, *Máximas* (Barcelona: EDHASA, 1994) § 83. Téngase en cuenta que, junto con la Carta 161, cuando todavía es un adolescente, Lord Chesterfield le envía su hijo un ejemplar de la obra y le recomienda que la lea con suma atención, porque pinta al hombre con mucha exactitud. Meditar sobre ella, al igual que sobre *Los Caracteres* de La Bruyère, le será de mucha utilidad cuando llegue a las cortes (Cartas 242, 257 y 307).

<sup>23</sup> Esta descripción tiene muchos puntos en común con un fragmento de Jean de La Bruyère, *Los caracteres* (Barcelona: EDHASA, 2001) § 274.

<sup>24</sup> Véase también algunas de las máximas incluidas en la Carta 297.



de concluir: «Esto se llama comúnmente generosidad, magnanimidad; pero en realidad es arte y buen sentido» (Carta 245: 211).

En efecto, está comprobado que «son pocas las gentes que se dejan intimidar, pero hay muchísimas bastante débiles para dejarse engañar» (Carta 277: 241)<sup>25</sup>. Por otra parte, «los tontos y la gente baja son siempre celosos de su dignidad y nunca olvidan ni perdonan lo que consideran un desaire»<sup>26</sup>. En cambio, valoran mucho que se los trate con amabilidad, aunque eso no les suponga ningún beneficio real<sup>27</sup>. Eso permite «comprarlos a bajo precio y en consecuencia vale la pena comprarlos así» (Carta 271: vol. II, 206), algo que se reitera en otros pasajes (Cartas 150: 88; 292: 261-262; 297: 267).

Además, quién sabe si en un futuro necesitaremos concitar el apoyo o esquivar el odio de alguien a quien teníamos por despreciable (Carta 292: 262). En consecuencia, uno no ha de «adular en las cortes a todo el mundo; pero sí debe tener gran cuidado de no ofender a ninguno» (Carta 191: 139). Quien se conduzca así, no dejará de ganarse algunos adversarios, cosa imposible de evitar, pero al menos se beneficiará de la neutralidad de la mayoría, tendrá muchos más amigos que enemigos y se convertirá en el más fuerte (Cartas 275: 238; 292: 262). Por tanto, es mejor olvidarse de una máxima de Lucio Acio –*Oderint, dum metuant*: «Que odien con tal que teman»–, (Cicerón, *Filípicas*, 1, 34 y *de Officiis*, 1, 97; Suetonio, *Vidas de los doce cesares*, Calígula, 30), que solía repetir Calígula, y reemplazarla por esta otra: *Modo ament, nihil timendi est mihi* («Si aman, nada tengo que temer») (Cartas 276: 240; 295: vol. II, 287).

Parece, pues, claro que no se debe trabajar en favor de una coexistencia armoniosa, ya que entre los hombres no puede darse una comunidad de intereses. No obstante, por medio de la cortesía sería posible aplacar los ánimos, atenuar las querellas y dar un tono amable a la confrontación. De hecho, la principal misión de las buenas maneras es evitar las discordias (Carta 257: 223).

Así, el *decorum* ciceroniano, en el que tan a menudo se apoya nuestro autor<sup>28</sup>, se transforma en una suerte de disfraz que oculta la verdadera naturaleza de las relaciones sociales y sirve para pacificarlas<sup>29</sup>. En la Corte, no desaparece o disminuye el egoísmo, pero quedan atenuados sus efectos al no ser tan violentos. «Allí la vigilancia, la destreza y la flexibilidad, suplen la fuerza natural, y prevalece, no el cuerpo más vigoroso, sino el alma más capaz» (Carta 221: 177). Parafraseando a un conocido historiador de las ideas<sup>30</sup>, podría decirse que estamos ante una sociabilidad sustitutiva y remedial, con la que se aspira a hacer frente a los desafíos de un mundo corrompido, pues de lo que se

<sup>25</sup> «Más fiera es la lisonja que el odio», sentencia Gracián, *Oráculo*, § 84.

<sup>26</sup> La Bruyère, *Los Caracteres*, § 195, observa algo similar.

<sup>27</sup> Muchas cosas se compran con amables palabras, asevera Gracián, *Oráculo*, § 191, 244 y 267. La Bruyère (*Los Caracteres*, § 340) lamenta este hecho, pero lo corrobora.

<sup>28</sup> Laspalas, *Distinción social*, 67-78.

<sup>29</sup> Cicerón no estaría de acuerdo con este uso de sus doctrinas, pues afirma que es propio de libertinos, ambiciosos o egoístas renunciar a la búsqueda de la amistad (*Lelio*, 59) y entiende que el decoro está intrínsecamente unido a la virtud (*Sobre los deberes*, I, 94-95).

<sup>30</sup> Jean Starobinski, “La Rochefoucauld et les morales substitutives,” *La nouvelle revue française*, 163 (1996) 16-34 y 211-229.

trata es poner en pie un artificio que permita a los individuos cohabitar en un entorno por completo hostil.

En consecuencia, el trato mundano no es otra cosa que un juego, en el que ganan quienes mejor manejan los resortes del arte de obligar. Hay un intercambio de vanos cumplidos y atenciones, sin el que paradójicamente nada importante puede obtenerse. Por eso, Lord Chesterfield compara la cortesía con la ‘calderilla’: tiene poco valor, pero es más necesaria en la vida que las monedas de oro (Carta 287: 253-254). Una metáfora mercantil a la que, a finales del siglo XVI, había recurrido también Guazzo<sup>31</sup>, pero con intención opuesta: las palabras, que son la base del comercio social, no pueden ser fingidas. De lo contrario, se incurre en un delito equivalente a acuñar dinero falso<sup>32</sup>. En cambio, para nuestro Conde, aunque la sociedad áulica implique también un intercambio, en este caso de buenos oficios, lo habitual es que las piezas usadas no sean de buena ley (Carta 303: 276). «La lisonja –advierte–, bien que sea como el dinero falso, es la moneda indispensable en la corte», pues aun sin tener ningún valor objetivo, todo el mundo la acepta<sup>33</sup> (Carta 297: 269). Y, previamente, le explica su hijo que nada tiene de malo elogiar a los demás para agradecerles, si con eso no se pretende engañarlos (Carta 253: 219).

Por otra parte, no sería en absoluto reprobable mantener siempre la calma, ocultar los propios sentimientos y mostrarse en todo instante correcto e incluso cordial, hasta con los peores enemigos. Tratarlos cortésmente no es una forma de engaño y sí el único modo de mantener la concordia entre los hombres (Carta 277: 241). La misma tesis se reitera más adelante (Carta 290: 258), con lo que se legitima en buena medida la insinceridad, que resulta inevitable, puesto que sus opuestos intereses enfrentan a los hombres y envenenan la convivencia. Por eso, hay que acostumbrarse a convivir con ella, conocer sus ventajas y tener muy presente que a la urbanidad se le puede aplicar el lema *Et decus et tutamen* («tanto ornamento como defensa»), con el que se acuñaron ciertas monedas en Inglaterra para impedir el fraude (Carta 297: 269): es un adorno ficticio que civiliza hasta cierto punto y vuelve tolerable la vida cortesana, pero también una coraza que protege de las insidias ajenas.

Tropezamos así con una evidente discordancia entre el discurso teórico y la realidad vital, entre la sustancia y la apariencia, que solemos asociar antes con el barroco que con los ideales ilustrados. De hecho, Lord Chesterfield se sirve de todo un arsenal de metáforas que evoca esa mentalidad supuestamente extinguida. Entiende que el mundo es un «gran teatro», a cuyos actores se juzga con gran severidad (Cartas 166: 110; 172: 117; 173: 118; 191: 139), o un «libro inmenso», tanto por su grosor como por estar escrito en múltiples lenguas sólo comprensibles para los iniciados (Cartas 228: 187; 239: 188; 248: 214). Lo identifica con la corte, pues «no se quiere significar otra cosa al decir que un hombre conoce el mundo, sino que conoce las cortes» (Carta 228: 187). Aclara que en ellas nada «es tal como se presenta; unas veces es muy diferente y otras enteramente contrario» (Carta 191: 139); es más, están «vicio y virtud tan

<sup>31</sup> Stefano Guazzo, *La civil conversazione* (Modena: Panini, 1993) vol. I, 60 y 85.

<sup>32</sup> Como advierte Amedeo Quondam (Ibíd., vol. II, 146) en su comentario, la idea proviene de Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1165b 8-10.

<sup>33</sup> La idea y la imagen aparecen en La Rochefoucauld, *Máximas*, § 158. De la segunda se sirve también La Bruyère, *Los Caracteres*, § 187.



disimulados, que quienquiera que haya tan solo pensado en ambos no los conocería al tropezar con ellos» (Carta 228: 187). Quien se aventure por tales parajes, penetrará en un complicado «laberinto», necesitará un mapa (Carta 228: 187) y tendrá que aprender a «acariciar y adormecer» monstruos (Carta 248: 214). Navegará por un océano (Carta 225: 182) o sorteará durante su viaje numerosos «peligros y dificultades», transitando por caminos tortuosos y barrancos llenos de zarzas, casi nunca por prados floridos (Cartas 190: 139; 304: 277).

### 3. VIRTUD Y AMABILIDAD. LA CONVIVENCIA Y LA IMPERIOSA NECESIDAD DE COMPLACER

Invocar el estado de necesidad para poder recurrir a estratagemas de dudosa o escasa moralidad es, al margen de una tentación intemporal, un lugar común en el pensamiento político y los tratados de cortesía de la Edad Moderna. No obstante, para apuntalar esta especie de excepción ética es necesario hallar un fin que la justifique. La doctrina de la razón de Estado, en sus diversas variantes, incluida la maquiavélica, caminó sin duda por esta vía. Algo parecido sucede con Lord Chesterfield quien, a pesar de conocer y apreciar la obra de La Rochefoucauld, no pretende como él desenmascarar las falsas virtudes, y aún menos denunciar la miseria e inanidad de quienes se reunían en palacios y salones. Su meta es, por el contrario, preparar a su hijo para servir con el mayor éxito posible a su monarca por muchos años, cosa que no podrá lograr sin conocer y utilizar las argucias propias del mundo.

Hoy nos resulta harto difícil comprender los motivos de semejante actitud y parece que también lo era a mediados de siglo XVIII, cuando de tanto predicamento gozaba el optimismo ilustrado. Recordemos una conocida y lapidaria sentencia atribuida a Samuel Johnson, según la cual nuestro Conde enseñó a su hijo «*the morals of a whore and the manners of a dancing masters*»<sup>34</sup>. Es este, en nuestra opinión, un veredicto sumario y emitido por un adversario político, aunque plausible si se atiende tan sólo a la franqueza y la brusquedad —o incluso al cinismo— con los que en no pocas ocasiones se expresa el autor. No obstante, deberían tenerse también en cuenta determinados pasajes en los que se defiende la virtud y los principios morales<sup>35</sup>. Además, en el fondo, las ideas expuestas son semejantes a las de otras muchas obras en las que se ilustra como triunfar en el entorno cortesano. No así el tono, desde luego mucho más explícito, cabe pensar que por tratarse de una correspondencia privada.

Por otra parte, aun cuando se intente valorar nuestro epistolario en conjunto, es casi inevitable sentir perplejidad, inquietud, desazón y en ocasiones hasta repugnancia, sobre todo por su aparente carácter contradictorio. Como sucede en otros textos — pensemos en Gracián o La Rochefoucauld— el lector tiene que convertirse en exégeta e intentar dar un sentido ético a determinadas observaciones y consejos que, tomados de forma aislada y literal, resultan del todo inaceptables. En la obra que nos ocupa, sucede además que las normas morales aparecen, a veces muy condensadas, en algunas

<sup>34</sup> John Boswell, *The life of Samuel Johnson* (London: Wordsworth, 1999) 135.

<sup>35</sup> John Churton Collins, *Essays and Studies* (London: Macmillan, 1895) 212-223. Heltzel, *Chesterfield*, 38-74. Laspalas, *Distinción social*, 57-62.

cartas destinadas por lo general a un niño que todavía no ha abandonado el colegio, mientras que la descripción de las leyes del mundo es el tema central de las extensas misivas que recibe cuando es adolescente, durante su periplo por las principales cortes europeas. La virtud y la moral tienen poca presencia, no porque se nieguen, sino porque se dan por supuestas y lo que se pretende es desvelar los mecanismos que rigen la vida cortesana<sup>36</sup>. Eso distorsiona hasta cierto punto las convicciones y las intenciones del autor, y desde luego induce a pensar que no hay la más mínima conexión entre los principios éticos y la acción política.

A pesar de lo dicho, nos parece precipitado afirmar que Lord Chesterfield quiso que su hijo se adaptase sin más a los usos imperantes. Menos aún que le recomendase llana y simplemente la inmoralidad y el cinismo. En particular, porque le dice que con quienes presumen de libertinos guarde un grave silencio, muestra discreta pero elocuente de su desaprobación, pues «un ateo de buen sentido, si tal ser existe en el mundo, aparentará a lo menos, por su propio interés y fama, que tiene alguna religión (Carta 212: 167). Poco después, en la misma carta, se reitera más o menos lo mismo, al igual que en otra, unos meses posterior, pero con un importante añadido. Cuando alguien quiera justificar algo inmoral, sí hay que mostrar abiertamente disgusto. «La rigidez cae bien aquí a despecho de la juventud; en este punto conviene únicamente ser severo a tu edad: pero al condenar los crímenes ten cuidado de no injuriar ni mencionar a nadie» (Carta 225: 182). Claro que esto solo es aplicable los vicios graves, no a pequeñas fragilidades, que su hijo debe evitar, pero no echar en cara a nadie (Cartas 225: 182; 237: 199).

Para justificar estos consejos, nuestro Conde echa mano de un conocido argumento, casi un lugar común, que había formulado y puesto en circulación Giovanni della Casa<sup>37</sup>: a menudo lo que rige la vida social no es la búsqueda de la verdad y el bien sino la del placer, en concreto la insoslayable necesidad de agrandar para evitar que la convivencia resulte una auténtica tortura. De ello se deriva una consecuencia, que extrae Lord Chesterfield, como ya lo había hecho el citado humanista italiano:

La rebelión sobre este punto es en extremo peligrosa, e inevitablemente castigada con el destierro y la confiscación inmediata de todo tu talento, tus modales, tu buen gusto y tu urbanidad; como por otro lado, una sumisión placentera, no sin algo de lisonja, te procura segurísimamente una poderosa recomendación, y un pasaporte de lo más eficaz para recorrer los dominios de estos soberanos, y probablemente de los de sus vecinos (Carta 167: 112).

Lo mismo se sostiene en otro pasaje, aunque añadiendo un interesante corolario: «después del placer interior de hacer una buena acción, no hay otro más grato que el de hacer una acción cortés». Y aunque lo más importante sea pasar por hombre honrado, la segunda meta ha de ser tener fama de bien educado (Carta 200: 150).

---

<sup>36</sup> Marjorie Morgan, *Manners, Morals and Class in England, 1774-1858* (New York: St. Martin Press, 1994) 11.

<sup>37</sup> Giovanni Della Casa, *Galateo* (Madrid: Cátedra, 2003) 143-144.

Por tanto, procurar complacer y evitar desagradar es algo inherente a la sociabilidad natural, y sucede que «es una especie de deber» consentir pequeños defectos ajenos, e incluso darles pábulo. «Si así lo haces, darás gusto a las gentes, y es seguro que obrando de otra manera no las reformarías» (Carta 167: 112). De hecho, a muchas ideas y conductas, no muy graves desde el punto de vista moral o por completo inocuas, se aplica lo siguiente: «Por triviales que te parezcan todas estas cosas, o que puedan en efecto serlo, varía el caso cuando más de medio mundo piensa lo contrario» (Carta 163: 104)<sup>38</sup>.

En muchos casos, hay, pues, que plegarse a la sociedad, pero no para cambiarla desde dentro, aspiración utópica porque, como ya hemos visto, la mayoría «se guía por la exterioridad de las cosas, y debemos tomar al mundo tal cual es; ni tú ni yo podemos corregirlo» (Carta 204: 157). De lo contrario, por una ingenua y estéril de sinceridad, uno se granjeará infinidad de enemigos (Carta 128: 67). En cambio, «estos pequeños artificios son muy lícitos, y deben usarse en el curso de la vida; son agradables a unos, útiles a otros y dañosos a ninguno» (Carta 182: 130).

Esto ya lo habían sostenido dos siglos antes de la Casa o Stefano Guazzo<sup>39</sup>, quienes no obstante, al igual que nuestro Conde, aclararon que este fingimiento, imprescindible para no destruir la convivencia, tiene sus límites. Nunca hay que aprobar los vicios y los crímenes, pero, por ejemplo, se puede disculpar a los vanidosos. «Más bien querría yo captarme su amistad por condescender con sus pretensiones, que atraerme su odio tratando de desengañarlos, y esto inútilmente» (Carta 129: 69). Y en otro lugar se lee: «El que no quisiera tolerar a los bribones y condescender con los necios debe renunciar a las cortes. Su número les da importancia y no debes reñir ni ligarte con unos ni otros» (Carta 191: 140). En efecto, como son tres quintas partes del género humano, conviene no enfrentarse a ellos, sino proceder así: «Aborrece a todo bribón y compadece a todo necio, pero ni a unos ni a otros manifiestes estos sentimientos sin necesidad. Es prudencia y no baja» darles a veces la razón a los segundos y dejar sin escarmiento a los primeros (Carta 172: 118). Es más, incluso hay que evitar censurar vicios o elogiar virtudes con vehemencia en público, aunque sea de modo genérico, pues eso podría ser considerado una denuncia indirecta de alguien e indisponernos con él (Carta 167: 111).

#### 4. LA MÁSCARA DE LA CORTESÍA. LA LEGITIMIDAD DE LA HONRADA SIMULACIÓN

Lo que viene a recomendarse en los citados pasajes es una estrategia típicamente barroca: la disimulación. Un principio y una conducta omnipresente tanto en la política como en la cultura europeas desde hacía varios siglos<sup>40</sup>, cuya utilidad se consideraba

<sup>38</sup> Gracián recomienda varias veces no singularizarse (*Oráculo*, § 43, 133 y 270). «Es una insigne locura querer ser cuerdo frente a todos», anotó La Rochefoucauld, *Máximas*, § 231.

<sup>39</sup> Javier Laspalas, «El problema de la insinceridad en cuatro tratados de cortesía del Renacimiento,» en *Aportaciones a la historia social del lenguaje: España, siglos XIV-XVIII*, ed. Rocío García Bourrellier y Jesús María Usunáriz (Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2005), 43 y ss.

<sup>40</sup> Jon Snyder, *Dissimulation and the Culture of Secrecy in Early Modern Europe* (Berkeley, University of California Press, 2009). Este autor distingue tres grandes ámbitos donde se aplica tal estrategia: las

tan evidente como su probidad, ya que, por una parte, permitía vivir en el mundo, y por otra conjurar los escrúpulos morales. Quien no confirma o alaba nada, sea con palabras, sea con obras, ni engaña, ni es hipócrita, al tiempo que logra sobrevivir e incluso triunfar incluso en dura lid con los malvados. Por eso, nunca hay que mentir, pero no siempre hay que decir toda la verdad (Carta 277: 241).

Cosa muy distinta sería recurrir a la simulación, es decir, defender o aprobar, de palabra o con obras, ideas o actos viles. Entonces sí se incurriría en el fraude y la doblez. Así, nuestro auto cita una máxima atribuida a Luis XI, rey de Francia: *qui nescit dissimulare, nescit regnare*<sup>41</sup>, y afirma citando a Bacon<sup>42</sup> «el disimulo no es más que el arte de ocultar nuestras propias cartas, a la vez que por la simulación tratamos de espiar las de los demás». Y añade que según Lord Bolingbroke<sup>43</sup>,

la simulación es un *stiletto*, arma no solo inicua sino ilícita, cuyo uso podrá rara vez ser excusado, pero jamás justificarse. El disimulo es al contrario una armadura, así como el secreto es un escudo; y no es más posible guardar el secreto en los negocios sin cierto grado de disimulación, que el manejarlos con tino sin guardar secreto. El mismo Lord continúa diciendo que estos dos artes, el disimulo y el secreto, son como la liga mezclada con el metal puro; una poca es necesaria y no hará desmerecer su valor, pero si se emplea más cantidad de la requerida, la moneda pierde su curso y el acuñador su crédito (Carta 183: 131).

Y en otra misiva, se vuelve a citar a Bacon<sup>44</sup>, del cual se dice que distingue «entre simulación y disimulación y aprueba más bien la última que la primera; pero observa a la vez, que sólo los políticos muy débiles recurren a una u otra». Por otra parte, Lord Chesterfield añade también para condenar la mentira argumentos tácticos. Quien incurre en ella acaba por ser desenmascarado y pierde por completo su reputación de hombre honrado. Y lo mismo le ocurre a medio plazo a quien refiere por vanidad hazañas o sucesos propios inverosímiles (Carta 212: 16).

Se trata, pues, de escalar puestos en la corte, pero sin perder la dignidad moral y personal. Para lograrlo, hay que ceder en lo accidental, pero ser inflexible en lo esencial. Hay que evitar la guerra abierta y entablar un combate civilizado. Es lo que afirma nuestro autor al comentar una conocida máxima por él mismo empleada en múltiples ocasiones:

---

relaciones humanas en general, el entorno cortesano, y las actividades estrictamente políticas, sujetas a las exigencias de la razón de Estado. Tales prácticas se difundieron a escala europea. Véase, por ejemplo, Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, “Proteo en Palacio. El arte de la disimulación y la simulación del cortesano” en *El Madrid de Velázquez y Calderón Villa y corte en el siglo XVII* (Madrid: Caja de Madrid, 2000) vol. 1, 111-138.

<sup>41</sup> La paternidad de este adagio latino se solía atribuir en la época a Luis XI de Francia. Adrianna E. Bakos, “«Qui nescit dissimulare, nescit regnare»: Louis XI and raison d'état during the reign of Louis XIII,” *Journal of the History of Ideas*, 52 (1991) 400. Gracián (*Oráculo*, § 88) parafrasea esta frase: «Gran parte del regir es disimular». Y luego afirma que ese es el saber más práctico (§ 98).

<sup>42</sup> Francis Bacon, *Ensayos* (Buenos Aires: Aguilar, 1980) 38, 40.

<sup>43</sup> Lord Bolingbroke, *Political writings* (Cambridge University Press, 1997) 255.

<sup>44</sup> Bacon, *Ensayos*, 36-37, 39.

El hombre acalorado y colérico, cuyos espíritus animales están en fermentación, desprecia el *suaviter in modo*, y cree conseguir siempre sus miras con el *fortiter in re*. Puede a veces lograrlo, cuando tenga que habérselas con gente débil y tímida, pero su porción más segura es chocar, ofender, ser odiado y errar el tiro. Por otra parte, el hombre artero y astuto cree alcanzar lo que desea empleando únicamente el *suaviter in modo*: se amolda a los hombres y a las cosas, parece carecer de opinión propia y adopta servilmente la de la persona que tiene delante; se insinúa solamente en la estimación de los necios: pero muy pronto es descubierto y seguramente despreciado por todas las gentes sensatas. El hombre hábil y prudente, que difiere del artero tanto como del colérico, es el único que sabe unir el *suaviter in modo* con el *fortiter in re* (Carta 244: 210).

Luego se extraen las consecuencias prácticas. Si uno tiene derecho a mandar, debe cuidar las formas, para no indisponerse con los inferiores y lograr que obedezcan sin albergar resentimiento. Por otra parte, hay que evitar caer en el seguidismo y la vulgar adulación de los superiores:

Las gentes en altos puestos se hallan endurecidas a las necesidades y miserias de los demás, como los cirujanos a las enfermedades corporales. Reyes y ministros escuchan todo el día quejas mal fundadas, de modo que no saben cuáles son reales o fingidas. Es, pues, necesario interesar otros sentimientos, independientemente de los de mera justicia y humanidad; su favor debe conquistarse por el *suaviter in modo*, atormentarlos a fuerza de importunidades, o despertar su temor amenazándolos indirecta al paso que decorosamente con tu resentimiento frío e implacable; éste es el verdadero *fortiter in re*, único precepto que yo conozco para ser amado sin desprecio y temido sin odio, circunstancias que constituyen aquella dignidad de carácter a que debe aspirar todo hombre prudente (Carta 244: 210-211).

Un hábil político se muestra correcto, atento e incluso afable al librar con otros un combate sin tregua. Obra así, ya lo hemos visto más arriba, porque tiene muy claro que todos los cortesanos son potenciales rivales, de modo que es esencial no indisponerse con nadie. «Sea cual fuere su mérito o baja condición», uno podría necesitar su apoyo, «y no querrán servirte si alguna vez les hubieres manifestado desprecio» (Carta 155: 93). Motivo por el cual hay estar dispuesto en ocasiones a poner al mal tiempo buena cara. «Todo el que no es dueño de dominar su humor y *faire bonne mine a mauvais jeu*, debe secuestrarse del mundo y retirarse a una ermita en lo más oculto de un desierto». De lo contrario, tan solo conseguirá sembrar el odio y dañar su reputación. Por todo lo dicho, «los caprichos, el mal humor y el despecho, son cosas extremadamente bajas y vulgares. Un caballero no las conoce» (Carta 311: 284).

Ahora bien al intentar ganarse a todos, a la manera de San Pablo (1 Co 9, 19-22)<sup>45</sup>, siendo flexible o amable (Carta 244: 209), no se les quiere favorecer, sino evitar que obstaculicen los propios planes. Simplemente se transige en asuntos «que no sean discordes con sus propios intereses; porque más de eso no debes esperarlo de tres personas en el curso de tu vida, aunque durase tanto como la de los patriarcas» (Carta 295: vol. II, 287). Has de ser cortés, le explica Lord Chesterfield a su hijo, pero no para ganar amigos o complacer a los demás. No permitas que eso te haga «retroceder un

<sup>45</sup> Gracián (*Oráculo*, § 77) no cita el versículo pero su exégesis es coincidente.

ápice del punto que la razón y la prudencia te dicten seguir; por el contrario, vuelve a la carga, persevera y verás que alcanzas muchas de las cosas posibles» (Carta 245: 210).

De lo que se trata es de estudiar al enemigo y dar con el modo más pacífico de manejarlo:

Con algunas personas debe hacerse uso de la razón; otras no ceden sino a la lisonja; en unas produce buen efecto la amenaza y en otras la importunación; pero en general, todas pueden hacerse pasar por el aro<sup>46</sup>, con tal que nos dirijamos a ellas con discernimiento, las contentemos a propósito y las atacemos sin descanso por sus lados débiles (Carta 183: 131).

En ocasiones, habrá que disimular las ofensas y el malestar, si no es posible dar un escarmiento, para no envenenar inútilmente la vida social (Carta 311: 284). Tal vez así uno no se indispondrá para siempre con el agresor. Sin embargo, no hay que caer tampoco en el extremo contrario y practicar una pusilánime cobardía:

Acuérdate que solo hay dos maneras de conducirse compatibles con el honor y habilidad de un caballero: o una cortesía extremada o una guerra abierta. Si un hombre te infiere una afrenta grosera y te insulta de propósito, véngate; pero si sólo te daña, la mejor venganza es mostrarle una extremada cortesía, aunque al mismo tiempo estorbes sus proyectos y le pagues con usura (Carta 290: 258).

No obstante, conviene evitar siempre que sea posible el enfrentamiento público y directo. Hay modos mucho más eficaces de amedrentar a los rivales:

Si tienes bastante fuerza para herir, dale a entender modestamente que también podrías tener la voluntad de hacerlo. El temor, cuando es real y bien fundado, es quizá en las cortes un medio más seguro que el amor. Son muchos más los que pueden perjudicarte en la corte que los que pueden servirte; desarma a los primeros y gana a los segundos (Carta 297: 269).

Así pues, en modo alguno se persigue la concordia, ni se recomienda o tolera un vil sometimiento a la voluntad ajena. Lo que hay es una sucesión de elegantes duelos, eso sí disimulados por el cálculo táctico y la amabilidad, que algunos tienen por adulación y falta de carácter, «cuando no es más que una manera decente y agradable de mantener nuestra opinión, y quizá de hacerla adoptar a los demás» (Carta 150: 88).

Aflora de nuevo una ética, de evidente carácter situacional y transaccional, es decir, hecha a medida para las singulares y complejas circunstancias de la acción política. Su fin es sobrevivir en la corte y prosperar en ella sin perder la integridad moral, y por paradójico que parezca, pretende ser también aristocrática, pues ha de permitir al hombre superior imponerse a sus contrincantes. Es más, Chesterfield, a la manera de un Castiglione, se atreve a sostener que propone un ideal que imitar, pues «la suavidad de los modales unida a la firmeza del alma, encierran un compendio, pero muy

---

<sup>46</sup> Gracián (*Oráculo*, § 26) es más elegante, aunque solo en la forma: «Hallarle su torcedor a cada uno».



completo, de toda perfección humana fuera de los deberes religiosos y morales» (Carta 245: 211).

## 5. EL CORTESANO Y EL ARTE DE LA SEDUCCIÓN POLÍTICA

Así pues, nuestro autor cree que no está recomendando una habilidad condenable, ni siquiera sospechosa. «Un hombre de mundo –afirma– debe poseer, como el camaleón, la facultad de tomar toda especie de colores, cosa que de ninguna manera es abyecta ni criminal», con tal de que afecte «sólo a la cortesía (*manners*) no a la moral (*morals*)» (Carta 165: 110). Eso le permitirá realzar y volver atractivas su habilidad y honradez, algo esencial por el siguiente motivo: «La buena crianza es lo único que a primera vista previene a las gentes en tu favor, porque se requiere más tiempo para descubrir los talentos de mayor categoría» (Carta 94: 46). Y por tanto, reiteramos algo ya expuesto: «Después de la reputación, cuyo cimiento es el sólido mérito, la cosa más lisonjera para uno mismo es agradar» (Carta 101: 49).

Añádase a lo dicho que Lord Chesterfield no duda ni por un instante de las cualidades y la rectitud de su hijo, pero además intenta infundirle un sano amor propio. De hecho, considera, como La Rochefoucauld, que ese es el motor de todas las acciones humanas, sólo que, a diferencia del autor francés, no ve nada de malo en ello (Carta 161: 100-101), y considera «que la conciencia del propio valor infunde al hombre sensato más modestia y más firmeza», aunque nunca haya que alardear del propio mérito<sup>47</sup> (Carta 242: 205).

Por otro lado, no sólo no se censura el afán de brillar en sociedad (Cartas 261: 227; 289: 256), menos aún la ambición (Carta 255: 221), sino que se los considera esenciales para perfeccionarse y triunfar. Si faltan, «nos volvemos indiferentes; caemos en una especie de inercia y de indolencia; no ejercitamos nuestras facultades»<sup>48</sup>, y resultamos tan inferiores como el que pretende tener éxito sin merecerlo (Carta 293: 263). Por eso, nuestro Conde le pide a su retoño que sea ambicioso y tenga muy presente esta máxima: *on ne vaut dans ce monde que ce qu'on veut valoir*<sup>49</sup> (Cartas 293: 263; Carta, 312: 283).

Sin embargo, para hacerse valer, tendrá que conocer y respetar las leyes que rigen la vida cortesana, y aprender a usarlas en beneficio propio. De lo contrario fracasará, dado que:

La pura verdad lisa y llana, el buen sentido y la instrucción, no bastan en las cortes: el arte y los ornatos deben venir en su auxilio; es necesario lisonjear los humores, estudiar y aprovechar los *mollia tempora*, ganar la confianza por medio de una franqueza aparente y sacar el partido posible a fuerza de habilidad y discreción; y sobre todo, es menester ganar el corazón para someter al espíritu (Carta 248: 215).

---

<sup>47</sup> Esto recuerda una célebre máxima del citado autor francés: «El verdadero hombre de mundo es aquel que no se jacta de nada». La Rochefoucauld, *Máximas*, § 203. «No afectar fortuna», recomienda Gracián, *Oráculo*, § 106.

<sup>48</sup> Una tesis similar la hallamos en La Rochefoucauld, *Máximas*, § 510.

<sup>49</sup> La frase se atribuye erróneamente a La Bruyère. Tal vez aquí hay un eco de Molière, *Oeuvres complètes* (Paris: Gallimard, 1992, vol. I, 279): *Les choses ne valent que ce qu'on les fait valoir*.

En efecto, en las intrigas políticas, poco aprovecha el mérito si no va acompañado de una conducta y apariencia seductora. La razón ya se ha explicado antes. «El mundo juzga por la apariencia y no por la realidad de las cosas [...]. Nueve entre diez personas toman la cortesía por buena índole y las atenciones por buenos oficios» (Carta 290: 259). Ni siquiera escapan a esta regla los reyes, que al fin y al cabo son seres humanos (Cartas 202: 153; 297: 269), y por eso, con ellos como con el resto, «la manera es con frecuencia tan importante y aun a veces más que el asunto», pues de ella depende en gran medida cómo valoren los demás nuestros actos<sup>50</sup> (Carta 245: 211).

Claro que, en último extremo, es así porque de ordinario las pasiones les impiden reflexionar, cuestión sobre la que Lord Chesterfield es tajante. Los que sobrestiman la racionalidad humana «conocen muy poco el mundo; y si fundan sus cálculos sobre tal suposición, nueve entre diez veces se engañarán groseramente» (Carta 205: 157). Algo que en cierto modo ya afirmó Cicerón (*De oratore*, II, 178), pero también otro autor a quien Lord Chesterfield tenía acaso aún más presente: «La Rochefoucauld dice en sus máximas, que *l'esprit est souvent la dupe du coeur*: si en vez de *souvent* hubiese dicho *presque toujours*<sup>51</sup>, temo que hubiese ido más cerca de la verdad» (Carta 144: 81).

En efecto, como sostenía dicho escritor, al ser humano no solo le cuesta mucho deslindar lo aparente de lo real, sino que además ignora a menudo la verdadera causa de sus actos, que en absoluto es obvia para él. De hecho, «nuestras mejores conjeturas en cuanto a los verdaderos móviles de nuestras acciones, son de lo más inciertas» (Carta 149: 85), y la «razón es por lo común el juguete de nuestro corazón, o lo que viene a ser lo mismo de nuestras pasiones» (Carta 210: 164). Algo que se reafirma en varios pasajes (Cartas 205: 158; 307: 279-280), y además se dice que nueve de cada diez hombres son vulnerables por culpa de sus inclinaciones (Cartas 195: 145; 275: 238), o que hasta «los más fuertes tienen muchos lados débiles, y sólo son reputados tales en comparación a la más débil manada» (Carta 307: 280). No es extraño, por tanto, que en general «seamos unos seres tan inconsistentes y extravagantes» (Carta 127: 66), tesis que aparece también en otras misivas (Cartas 149: 85; 160: 99).

La inevitable consecuencia práctica de lo anterior es esta: «Procura que tu tránsito al juicio de cada uno sea por en medio de su corazón. La vereda de la razón es muy buena, pero larga por lo común y quizá no tan segura» (Carta 297: 268). Para convencer hay, pues, que procurar atraer y seducir, otro principio clave de la retórica greco-latina (Cicerón, *De oratore*, II, 72, 180 y 187): la *captatio benevolentiae*, que Lord Chesterfield inculca de niño a su hijo (Carta 105: 52). «No te olvides –le dice– de que agradar es casi persuadir, o a lo menos un paso indispensable para conseguirlo. Tú, que tienes que labrar tu fortuna, debes hacer un estudio particular en este arte» (Carta 144: 82).

Por tanto, hay que apuntar antes a los sentimientos que a la inteligencia, y el mejor camino para salirse con la suya es dotar a las palabras y los actos de un aire agradable. «Hombres y mujeres no pueden resistir a un exterior atractivo –se afirma en una carta–; fuerza es que agrade y que haga su camino» (Carta 279: 244). Y en otra se reconoce sin tapujos que eso implica manipular las voluntades ajenas: «El más débil debe tomarse

<sup>50</sup> Lo mismo piensa Gracián, *Oráculo*, § 14.

<sup>51</sup> La Rochefoucauld, *Máximas*, § 102. Sin embargo, este autor usa el adverbio *toujours*, sin ningún tipo de restricción.

por el corazón, visto que la cabeza no presenta ninguna agarradera, y debe ser gobernado haciéndole creer que él es quien gobierna» (Carta 231: 190). Incluso, tras reiterar que por lo general la engañosa complacencia trae más cuenta que la coacción del miedo, se concluye: «Repetidamente he visto yo talentos superiores gobernados por almas mediocres, sin conocer, ni aun sospechar, su dependencia»<sup>52</sup> (Carta 277: 241).

Por último, se debe tener muy presente que a los hombres «se les determina y se les conduce con mucha mayor frecuencia por medios ligeros que por grandes métodos» (Carta 205: 158). Los múltiples detalles con los que granjearse el favor ajeno, intrascendentes pero cargantes, por lo numerosos que son y las pequeñas renunciaciones que suponen, resultan decisivos en la práctica. Las menudas atenciones, los secretos encantos, los minúsculos detalles de la etiqueta palaciega, no son en absoluto irrelevantes. Aunque no impliquen en absoluto renunciar a las metas que uno busca, por falta de atención o rebeldía, muy pocos llegan a dominar sus resortes. Sin embargo, sale airoso quien los conoce y maneja a la perfección, logrando adornarse con las ‘gracias’, el último y decisivo pulimento de la virtud y el mérito<sup>53</sup>.

## 6. ¿UN CAUTO HOMBRE DE MUNDO VERSADO EN LAS MAQUINACIONES CORTESANAS?

A la vista de lo expuesto, resulta evidente que Lord Chesterfield procura transmitir a su hijo una visión pesimista y desengañada pero también compleja y un tanto ambigua del mundo cortesano. En modo alguno lo condena, aunque tampoco puede decirse que lo justifique. Ninguna de ambas cosas parece interesarle. Lo que pretende es desvelar y explicar su funcionamiento, pues como hemos mostrado está convencido de que no es posible cambiarlo, ni siquiera mejorarlo. Más bien se diría que, en su opinión, una vez domesticado gracias al refinamiento progresivo de las buenas maneras, ha dado ya de sí todo lo que cabía esperar. Por supuesto, no es un entorno apropiado y agradable para desenvolverse, pero no hay más remedio que adaptarse a él, cosa factible si se conocen sus reglas y uno está familiarizado con sus tácticas.

No obstante, sería excesivo mantener que defiende abiertamente la inmoralidad y se la recomienda a su hijo. Es cierto que le anima a convertirse en un *man of pleasure*, o le sugiere que tolere algunos *fashionable vices* e incluso los practique con mesura, muy en particular los escarceos amorosos<sup>54</sup>. No se olvide que en la alta sociedad de la época estaban bien vistas las *galantries*, por los motivos que explica Heltzel<sup>55</sup>. Esas y otras no pasarían de ser, según nuestro autor, debilidades humanas que no necesariamente comprometen la valía personal, pero en esto no se diferencia de muchos escritores y personajes de su tiempo, a los que no se les suele echar en cara tal actitud.

Por lo demás, incluso por motivos de puro interés, dejarse corromper es un fatal error. En efecto, aun cuando no basten por sí mismos, el mérito y la reputación son la base del triunfo político, y ambos se fundan en la presunción de virtud, ya que nadie

<sup>52</sup> «Los más no hablan ni obran como quien son, sino como les obligan», dice Gracián, *Oráculo*, § 14. Es decir, guiados por los que mejor persuaden.

<sup>53</sup> Lasपालas, *Distinción social*, 80-86.

<sup>54</sup> *Ibidem*, 59-60.

<sup>55</sup> Heltzel, *Chesterfield*, 311-316, 330-351.

confía en uno a quien tiene por un miserable. Por ese motivo hay bastantes defectos que merman gravemente la estimación que se tiene de las personas, mientras que otros la arruinan por completo (Carta 190: 138). En consecuencia, hay que ponerse muy en guardia contra «tres pasiones que con frecuencia hacen pasar a la honradez ensayos durísimos que casi siempre la echan a pique»: la ambición, el interés y el amor (Carta 209: 163). El poder, el dinero y las damas parecen ser las tentaciones más intensas y peligrosas.

Ahora bien, un cortesano que pretenda tener éxito debe perfeccionar y fortalecer su carácter por un segundo motivo. Cualquier vicio, si es advertido por sus rivales, podrá ser utilizado en su contra<sup>56</sup>. Es más, de quienes a la postre se imponen en el combate político puede decirse esto: son los que menos se dejan llevar por sus pasiones y mejor manejan la ajenas (Carta 307: 280). Tomemos de nuevo en consideración las cartas en las que se defiende con claridad la virtud y la honradez, a las que ya hemos hecho referencia, y tendremos una imagen más exacta y completa de la meta perseguida y del modelo humano propuesto.

¿Se caracterizaría por tener *the morals of a whore and the manners of a dancing master?*, tal y como hemos dicho más arriba sostuvo Samuel Johnson. Nos parece que no es así. Debería conservar intacta su honradez, o al menos estar convencido de ello, y hacer todo lo posible para mostrar tal cosa a los demás, fuesen rivales o aliados. Y sus buenos modales no serían una especie de fruslería inconsistente e inútil, sino más bien una panoplia, en el doble sentido del término: una armadura perfecta y un nutrido arsenal sumamente eficaz y operativo. Si le faltase lo primero, sería alguien miserable. «Un simple cortesano, sin prendas y sin conocimientos es el más frívolo y despreciable de todos los seres» (Carta 150: 87). Además, no sería admitido en la buena sociedad, o al menos no gozaría de su aprecio. «El mérito superior o los defectos de gran tamaño te atraerán respeto o desprecio» (Carta 187: 135-136). Ahora bien, si no fuese amable y condescendiente, carecería de la equipación imprescindible para salir indemne y victorioso. «El mérito en las cortes, sin el favor, hará poco o nada» (Carta 283: 248).

A la vista de lo anterior, creemos que lo apropiado es sostener que Lord Chesterfield quiso que su hijo tuviera *the morals of a soldier and the manners of a seducer*. «Las cortes serán tus campos de batallas»<sup>57</sup>, le dice, y deberás hacerte con una armadura que te cubra incluso el talón. «El menor descuido, la menor distracción, puede serte fatal» (Carta 297: 267). Como si fuese un partisano infiltrado en territorio hostil, ni por un instante dudará de su mérito, o de que su misión es justa. Se tendrá por un cualificado y honrado servidor de su monarca, ya que está destinado a ser diplomático. Por eso, en sus justas, no siempre lidiará con mequetrefes. Se enfrentará también con algún caballero extranjero al que se le ha encomendado una tarea similar y entonces obrará así:

Dile franca y cortésmente que tu diferencia de opinión como ministro, no disminuye en nada el respeto que te infunde su mérito personal; por el contrario, lo aumenta por su

<sup>56</sup> También para Gracián (*Oráculo*, § 8, 52 y 287) y La Bruyère (*Los Caracteres*, § 83) la impasibilidad es una prenda distintiva del cortesano.

<sup>57</sup> Recuérdese una célebre frase de Gracián, *Oráculo*, § 13: «Milicia es la vida contra la malicia del hombre».

habilidad y celo en el servicio de su soberano, y que sobre todo, deseas hacer un buen amigo de tan buen servidor. Por este medio ganarás muchas veces la cuestión y nunca saldrás perdiendo (Carta 245: 211).

Hay, pues, que intentar, por puro egoísmo, llevarse bien, a título personal, con los rivales más destacados. De ese modo, uno «lisonjeará y seducirá al hombre al mismo tiempo que contraminará<sup>58</sup> al ministro» (Carta 297: 270). O sea, estará en mejores condiciones para averiguar cuáles son sus planes y desbaratarlos.

No obstante, nuestro hábil político tropezará mucho más a menudo con indeseables y tendrá tragar mucha bilis, pero eso es muy útil, pues quien sabe controlarse lleva la de ganar. «Los franceses llaman *procédé honnête et galant*»<sup>59</sup> a tal conducta (Carta 290: 258). Además, así uno brilla en la buena sociedad, muy dada a comentar y juzgar la destreza y elegancia en estos lances (Carta 290: 258-259). Se trataría de demostrar siempre que uno domina la situación, indicio cierto de una evidente e intimidante doble superioridad: la que otorgan el autocontrol y el beneplácito del *grand monde*, cuyo código de buen tono se conoce y respeta.

Así pues, en lugar de volverse susceptible, hay que dominar en todo momento la cólera, y casi siempre conviene pasar por alto los incidentes, incluso algunos muy desagradables, para minimizar sus consecuencias. Nuestro Lord confiesa que es harto difícil lograr tal cosa, pero hay que llegar a abrazar a quien se odia o disimular cuando uno sabe que es un cornudo, si no hay modo de vengarse. «Una ignorancia simulada es a menudo una parte muy necesaria del conocimiento del mundo» (Carta 297: 267).

Esto muestra a las claras que Lord Chesterfield quiere inculcar en su hijo el código de honor típico de la aristocracia de su tiempo. Para conservar y mejorar el favor cortesano, sin el cual el éxito es una quimera, no hay más remedio que tolerar ciertas insinuaciones o chanzas un tanto hirientes, se afirma de nuevo en otro lugar. Ahora bien, se puntualiza, «si el discurso fuere injurioso a tu honor o a tu carácter moral; no queda más de una sola replica, que espero no tendrás nunca ocasión de poner en obra» (Carta 183: 132). Es decir, para lavar el ultraje, no habría más remedio que batirse en duelo. De lo contrario el descrédito sería absoluto.

## **7. HOMO HOMINI LUPUS. CONDICIONES Y LÍMITES DE LA SOCIABILIDAD CORTESANA**

Al militar en favor de su rey, y también de sí mismo, nuestro cortesano no podrá combatir solo, sino que necesitará apoyos. Sin embargo, sería un error fatal confiar en los camaradas sin reservas, porque «la verdadera amistad es una planta que crece lentamente, y no florece sino cuando es injertada en un tronco de mérito reconocido y recíproco» (Carta 128: 67). Además, a medida que uno va conociendo a la gente, más se desengaña y menos confía en ella (Carta 106: 52).

---

<sup>58</sup> Tanto en el original como en la traducción, la terminología es bélica. No en vano, como hemos visto antes la cortesía es similar a las «obras avanzadas» (Carta 297: 200) de los ingenieros militares.

<sup>59</sup> Esto recuerda bastante lo que, acaso con intención muy diversa, escribe la Marquise de Lambert, *Oeuvres* (París: H. Champion, 1990) 66.

En efecto, como el egoísmo campa a sus anchas en la Corte, es necesario adoptar muchas precauciones, ya que todos son potenciales rivales. Por ejemplo, en una carta se afirma que el interés es lo que hace y deshace las amistades cortesanas, pues como sostuvo Dryden «los políticos ni aman ni aborrecen»<sup>60</sup>. De ahí este consejo,

Observa, pues, con tus amigos un grado de reserva que no te deje a su discreción el día que pudieren convertirse en tus enemigos, y un grado de moderación con tus enemigos que nunca les impida tornarse en tus amigos<sup>61</sup> (Carta 191: 139).

Ahora bien, con vistas a decidir de quién fiarse y para qué, cabe diferenciar dos tipos de personas. En primer lugar, estarían las

conexiones desiguales, esto es, cuando los talentos se hallan todos de un lado, y el rango y la fortuna del otro. Aquí la ventaja real está toda por una parte, pero es necesario ocultarla diestramente. La complacencia, los modales atractivos y un poco de paciencia para sufrir ciertos aires de superioridad, deben servirle de cimiento (Carta 231: 190).

Aquí se explica cómo batir a quienes tienen una posición de privilegio, por su linaje o por sus éxitos previos, pero no suficiente habilidad para defender sus intereses. Se trataría de ganar la partida sin generar inquinas, para lo que conviene mostrar una deferencia tan elegante como engañosa y evitar alardear del triunfo, otra norma que ya hemos citado.

Ahora bien, sería inútil emprender la batalla en solitario. Las metas son arduas e inasequibles por cuenta propia, de modo que para triunfar es imprescindible contar con aliados. A esta categoría pertenecen las llamadas «conexiones de igualdad» (Carta 231: 190). En este caso, el primer requisito de los potenciales candidatos es proceder de la minoría dirigente, pues se hace referencia a los jóvenes aristócratas que se incorporan al Parlamento, y han de apoyarse mutuamente para demostrar su valía, labrarse un nombre y hacerse un hueco en la política. Dada su condición, resulta esperable que conozcan y compartan la visión del mundo y el código de conducta que hemos ido describiendo hasta ahora. Se diría que en eso consiste, precisamente, ser un hombre de 'honor', lo que constituiría una cierta protección contra la deslealtad<sup>62</sup>. Sin embargo, con eso no basta, por lo que se toman bastantes más precauciones.

Los puestos cortesanos son muy difíciles de obtener y resultaría absurdo compartir con otros los beneficios que procuran. Renunciar al propio interés no es una opción, por lo que solo se daría una colaboración leal entre los individuos si están persuadidos de que no lograrán obtener sus respectivas metas por separado y estas son diversas<sup>63</sup>. De lo contrario, habría serio riesgo de verse traicionado. Por otro lado, la igualdad de mérito asegura que ambas partes realizan esfuerzos equivalentes, por lo que es de

---

<sup>60</sup> John Dryden, *Selected works* (New York: Rinehart, 1953) 28. El verso *For politicians neither love nor hate* pertenece al poema «Absalom and Achitophel», 223.

<sup>61</sup> Gracián (*Oráculo*, § 217) y La Bruyère (*Los Caracteres*, § 144) proponen lo mismo.

<sup>62</sup> Gracián (*Oráculo*, § 116) y La Bruyère (*Los Caracteres*, § 211) fueron de idéntica opinión.

<sup>63</sup> «Más se saca de la dependencia que de la cortesía [...]. Acabada la dependencia, acaba la correspondencia, y con ella la estimación», escribe Gracián, *Oráculo*, § 5. Así se desanudan las amistades forjadas por interés, que con todo son más sólidas que las basadas en el mutuo halago.



justicia que se repartan a medias lo obtenido, y tal vez evita que la impericia de uno de los socios eche a perder la operación. Tanto el plan de acción como el reparto del botín deberían ser negociados y plasmarse en una suerte de contrato moral cuyo incumplimiento sería una vileza que arruinaría la reputación del infractor. De lo que se trata es de sellar y cumplir un pacto, no muy distinto de un acuerdo comercial, pues como dijimos en su momento, las relaciones humanas no son otra cosa que una perpetua transacción<sup>64</sup>.

Lo que suele denominarse amistad, brilla pues por su ausencia en la corte, como se afirma en el siguiente texto:

Trata de procurarte tantos amigos y tan pocos enemigos como te sea posible. No quiero dar a entender amigos íntimos ni confidentes: son tan raros que nadie puede contar arriba de media docena en toda la vida; me refiero a los amigos en el sentido común, es decir, personas que hablen de ti; que se inclinen a servirte más que a perjudicarte, mientras esto va de acuerdo con su interés y no más (Carta 241: 205).

Y así, aunque el término se use bastante en nuestro epistolario, en la Corte los camaradas son en realidad aliados, que acaso podrían convertirse en ‘adversarios’ o ‘enemigos’ (Carta 106: 52), admonición dirigida a un joven de solo catorce años. Eso no sucederá a menudo, si uno procura no ofenderlos y obligarlos con ciertas atenciones, pero hay que mantenerse a cubierto, por si las tornas cambiasen. Por eso, nuestro Conde le recomienda a su hijo no sincerarse con quienes comparten sus correrías juveniles: «Confíales, si te place, tus cuentos galantes, pero ten siempre secretos tus proyectos serios»<sup>65</sup>. Podrá apoyarse, sin embargo, en alguien más experimentado, si sus proyectos no chocan con los suyos, pues de lo contrario acabará traicionándole (Carta 209: 164).

Por lo demás, hasta con los más estrechos colaboradores hay que ser cauto. Cabe revelar faltas y hasta crímenes; pero quizá no debilidades y torpezas, y tampoco las ilusiones del amor propio<sup>66</sup> (Carta 264: 230). Eso equivaldría a descuidar los flancos y alentar un posible ataque, y por eso se aconseja en diversos momentos no confesar a nadie los propios yerros y limitaciones (Cartas 155: 93-94; 161: 101-102).

A nuestro aprendiz de político, en medio de la jauría cortesana, solo le queda un consuelo: el afecto y la sinceridad paternos. En efecto, solo en el más estrecho círculo familiar cabe la represión de las faltas ajenas. «La más íntima amistad, sin el socorro de la autoridad paternal, no puede autorizar tal franqueza» (Carta 235: 196). Todo lo contrario sucede en la buena sociedad: nunca te dirán la verdad, ni te corregirán. Es más: «La mayoría de las gentes goza en secreto de la inferioridad de sus mejores amigos»<sup>67</sup> (Carta 229: 187).

<sup>64</sup> Esto último se parece mucho a lo que afirma La Rochefoucauld, *Máximas*, § 83.

<sup>65</sup> «Ni será ni tendrá a ninguno por todo suyo», llega a escribir Gracián, *Oráculo*, § 260. Y añade: «El que comunicó sus secretos a otro hízose esclavo de él» (§ 237).

<sup>66</sup> La Bruyère (*Los Caracteres*, § 159) viene a sostener lo mismo.

<sup>67</sup> Es lo que sostuvo La Rochefoucauld (*Máximas*, § 583) en un fragmento luego suprimido. Algo que nuestro autor no acaba de condenar: Carta 161: 101.

Sin embargo, Lord Chesterfield discute que el cariño hacia la prole sea algo natural y advierte que el suyo no es puramente sentimental. Por el contrario, depende del mérito y, si su hijo llegase a decepcionarle en algo sustancial, podría repudiarlo (Carta 134: 73; 178: 126). Y en no pocas ocasiones evita hablar como progenitor y se presenta como un camarada (Carta 132: 71; 138: 76; 193: 141; 182: 129; 224: 181), cuyo aprecio es auténtico porque obedece también al interés (Cartas 132: 71; 229: 187). En efecto, él es la única persona que le hablará con sinceridad, porque tan solo él desea ardientemente que triunfe, y se vería favorecido con ello (Carta 204: 156).

El alto coste vital y emotivo de la vida cortesana y el durísimo entrenamiento que se estima necesario para afrontarla con garantías alcanza tal vez aquí su cenit. Concluye así nuestro examen de las grandezas y las miserias del teatro mundano, guiados por un destacado figurante del mismo.

## **8.UNA INSTRUCCIÓN RESERVADA SOBRE LAS OCULTAS INTRIGAS DE LA ALTA POLÍTICA**

La producción literaria orientada hacia el aprendizaje de los códigos sociales de conducta, especialmente notable durante la Edad Moderna, es muy rica y compleja. La integran en mayor o menor medida obras cuyas perspectivas de análisis son diversas, dirigidas por otra parte a públicos más o menos específicos. Entre las más singulares y célebres están aquellas en las que se pretende desentrañar y explicar el funcionamiento de las cortes. En cierto sentido son auténticos manuales de autoayuda –o incluso de supervivencia–, lo que explicaría su notable difusión. No cabe duda de que el epistolario aquí analizado se inserta de pleno derecho en tradición, incluso cabría considerarlo como el canto del cisne de la misma.

Conforme sus cartas crecían en número y extensión, y trataban asuntos cada vez más complejos, Lord Chesterfield fue tejiendo un fiel retrato de la mentalidad cortesana, no muy original, ya que puede hallarse en autores previos<sup>68</sup>. En efecto, hemos mostrado que muchas de sus tesis están en Gracián, La Bruyère o La Rochefoucauld, pero formuladas en aforismos y fragmentos difíciles de interpretar, si no se poseen las claves adecuadas, y en libros que seguramente tuvieron una circulación bastante más restringida. En cambio, ahora, glosadas con insólita claridad y dureza, pasaban al dominio público, al imprimirse unas reflexiones concebidas en origen para la intimidad familiar. Eso explica el gran éxito que cosechó este epistolario durante casi todo el siglo XIX.

---

<sup>68</sup> Heltzel, *Chesterfield*, 289-306, 320-327, 391-419.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio, “Corte y cortesanos en la Monarquía de España”, en *Educare il corpo, educare la parola nella trattatistica del Rinascimento*, ed. Giorgio Patrizi y Amedeo Quondam (Roma: Bulzoni, 1998) 297-365.
- , “La discreción del cortesano”, *Edad de oro*, 18 (1999) 9-45.
- , “Proteo en Palacio. El arte de la disimulación y la simulación del cortesano” en *El Madrid de Velázquez y Calderón Villa y corte en el siglo XVII* (Madrid: Caja de Madrid, 2000) vol. 1, 111-138.
- Ampudia de Haro, Fernando, *Las bridas de la conducta. Una aproximación al proceso civilizatorio español* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2007).
- Bacon, Francis, *Ensayos* (Buenos Aires: Aguilar, 1980).
- Bakos, Adrianna E., “«Qui nescit dissimulare, nescit regnare»: Louis XI and raison d'état during the reign of Louis XIII,” *Journal of the History of Ideas*, 52 (1991) 399-416.
- Blanco, Mercedes, “Le discours sur le savoir-vivre dans l'Espagne du Siècle d'Or», en *Pour une histoire du savoir-vivre en Europe*, ed. Alain Montandon (Clermont Ferrand: Association des Publications de la Faculté de Lettres et Sciences Humaines, 1994) 111-149.
- Boswell, John, *The life of Samuel Johnson* (London: Wordsworth, 1999).
- Lord Bolingbroke, *Political writings* (Cambridge University Press, 1997).
- Bolufer Peruga, Mónica, *Arte y artificio de la vida en común. Los modelos de comportamiento y sus tensiones en el Siglo de las Luces* (Madrid: Marcial Pons, 2019).
- Botteri, Inge, *Galateo e galatei. La creanza e l'istituzione della società nella trattatistica italiana tra antico regime e Stato liberale* (Roma: Bulzoni, 1999).
- Brewer, Stella Margaret, *Design for a Gentleman. The Education of Philip Stanhope* (London: Chapman and Hall, 1963).
- Bryson, Anna, *From courtesy to civility. Changing codes of conduct in early modern England* (Oxford: Clarendon Press, 1998).
- Burke, Peter, *Los avatares de “El cortesano”* (Barcelona: Gedisa, 1998).

- Bury, Emmanuel, *Littérature et politesse. L'invention de l'honnête homme, 1580-1750* (Paris: Presses Universitaires de France, 1996).
- Casa, Giovanni Della, *Galateo* (Madrid: Cátedra, 2003).
- Conde de Chesterfield, *Cartas Completas de Lord Chesterfield a su hijo Felipe Stanhope* (Le Havre: Alfonso Lemale, 1852).
- Chesterfield, Earle of, *The Letters of the Earle of Chesterfield to His Son* (London: Methuen, 1901).
- Churton Collins, John, *Essays and Studies* (London: Macmillan, 1895).
- Dallett Hemphill, C., *Bowing Necessities. A History of Manners in America, 1620-1860* (Oxford: Oxford University Press, 1999).
- Davidson, Jenny, *Hypocrisy and the Politics of Politeness. Manners and Morals from Locke to Austen* (New York: Cambridge University Press, 2004).
- Delft, Louis van, *Le moraliste classique. Essai de définition et de typologie* (Genève: Droz, 1982).
- , Delft, *Littérature et anthropologie. Nature humaine et caractère à l'âge classique* (Paris: Presses Universitaires de France, 1993).
- Dryden, John, *Selected works* (New York: Rinehart, 1953).
- Norbert Elias, *La sociedad cortesana* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993).
- , *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1988).
- Fumaroli, Marc, “Prólogo. El hombre del guante”, en Lord Chesterfield, *Cartas a su hijo* (Barcelona: Acantilado, 2006) 9-10.
- , *La extraordinaria difusión del arte de la prudencia en Europa. El “Oráculo manual” de Baltasar Gracián entre los siglos XVII y XX* (Barcelona: Acantilado, 2019).
- Gracián, Baltasar, *Oráculo manual y arte de la prudencia* (Madrid: Cátedra, 1995).
- Guazzo, Stefano, *La civil conversazione* (Modena: Panini, 1993).
- Heltzel, Virgil Barney, *Chesterfield and the Tradition of the Ideal Gentleman* (Ann Arbor: UMI Dissertation Services, 1925).

- Klein, Lawrence E., *Shaftesbury and the culture of politeness. Moral discourse and cultural politics in early eighteenth-century England* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994).
- La Bruyère, Jean de, *Los caracteres* (Barcelona: EDHASA, 2001).
- La Rochefoucauld, François de, *Máximas* (Barcelona: EDHASA, 1994).
- Lambert, Marquise de, *Oeuvres* (Paris: H. Champion, 1990).
- Lamoine, George, “Lord Chesterfield’s letters as conduct-book,” en *The Crisis of Courtesy. Studies in the Conduct-Book in Britain, 1600-1900*, ed. Jacques Carré (Leiden: Brill, 1994).
- Lasपालas, Javier, “Distinción social, cortesía y educación en la obra de Lord Chesterfield”, en *Distinción social y moda*, ed., Ana Marta González y Alejandro Néstor García (Pamplona: EUNSA, 2007) 65-92.
- , “El problema de la insinceridad en cuatro tratados de cortesía del Renacimiento,” en *Aportaciones a la historia social del lenguaje: España, siglos XIV-XVIII*, ed. Rocío García Bourrellier y Jesús María Usunáriz (Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2005), 27-55.
- Lievsay, John Leon, *Stefano Guazzo and the English Renaissance, 1575-1675* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1961).
- Lukasik, Christopher J., *Discerning Characters. The Culture of Appearance in Early America*. (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2011).
- Losfeld, Christophe, *Politesse, morale et construction sociale. Pour une histoire des traités de comportements, 1670-1788* (Paris: H. Champion, 2011).
- Magendie, Maurice, *La politesse mondaine et les théories de l’honnêteté en France au XVIIe siècle, de 1600 à 1660* (Genève: Slatkine, 1993).
- Molière, *Oeuvres complètes* (Paris: Gallimard, 1992).
- Morgan, Marjorie, *Manners, Morals and Class in England, 1774-1858* (New York: St. Martin Press, 1994).
- Muchembled, Robert, *L’invention de l’homme moderne. Sensibilités, mœurs et comportements collectifs sous l’Ancien Régime* (Paris: Fayard, 1988).
- Quondam, Amedeo, *Tre inglesi, l’Italia, il Rinascimento. Sondaggi sulla tradizione di un rapporto culturale e affettivo* (Napoli: Liguori, 2006).

Snyder, Jon, *Dissimulation and the Culture of Secrecy in Early Modern Europe* (Berkeley: University of California Press, 2009).

Starobinski, Jean, *Le remède dans le mal. Critique et légitimation de l'artifice à l'âge des Lumières* (Paris, Gallimard, 1989).

—, “La Rochefoucauld et les morales substitutives,” *La nouvelle revue française*, 163 (1996) 16-34, 211-229.

Recibido: 24 de septiembre de 2021  
Aceptado: 19 de noviembre de 2021